

MARÍA BELMONTE

LOS SENDEROS DEL MAR

UN VIAJE A PIE

BARCELONA 2017



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2017 by María Belmonte Barrenechea
© de esta edición, 2017 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, vista de la costa de Zumaya, con la punta de Algorri al fondo,
fotografía de Francisco Javier Beltrán de Heredia

ISBN: 978-84-16748-47-1
DEPÓSITO LEGAL: B. 9800-2017

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2017*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Introducción. La costa vasca, un continente por descubrir</i>	7
1. Un universo de roca y agua	12
2. Jaizkibel, la costa de las maravillas	43
3. La orilla del mar, el territorio de lo efímero	68
4. Los archivos de la Tierra	110
5. Antes de que suba la marea	146
6. Los senderos del mar	179
<i>Epílogo</i>	219
<i>Agradecimientos</i>	225
<i>Lecturas recomendadas</i>	227

UN UNIVERSO DE ROCA Y AGUA

No sólo hay agua en el mundo, hay también un mundo en el agua. Esto no sucede sólo en el agua. Hay un mundo de seres vivos en las nubes, en el aire, en el fuego [...] Hay un mundo de seres vivos en una brizna de hierba.

EIHEI DŌGEN,

«El Sutra de las montañas y los ríos»

POR LA COSTA VASCO-FRANCESA:
DE BAYONA A HENDAYA

El autobús me dejó en la playa de la Barra de Bayona poco después de las ocho de la mañana de un día de finales de abril. Densos nubarrones se cernían en el horizonte amenazando lluvia. Olfateé el aire cargado de humedad y salitre mientras sentía una conocida sensación de agitación en la boca del estómago ante la perspectiva de una caminata. Antes de empezar a andar, saludé al majestuoso río Adour que desemboca en el océano después de recorrer más de trescientos kilómetros desde su nacimiento en el puerto de montaña de Tourmalet. No siempre fue así. Hasta 1562 sus aguas se vertían en el mar en Cap Breton, a unos treinta kilómetros al norte, pero en ese año la ciudad de Bayona obtuvo del rey Carlos IX de Francia permiso para desviar el curso del río y tener así acceso directo al océano. De ahí el nombre de la Barra, acumulación de arenas en su estuario que hacen delicado el acceso al puerto de Bayona y exigen

un dragado regular. Al otro lado del Adour, hacia el norte, se extienden los doscientos kilómetros de arenales y dunas de Las Landas, en realidad, derrubios de los Pirineos, acumulaciones de detritos de rocas fragmentadas y pulverizadas durante millones de años.

¡Qué hermoso es todo esto!, pensé mientras avanzaba por un sendero entre dunas que en apenas cuatro kilómetros me llevaría hasta Biarritz. El agua se hacía sentir por todas partes: en el río que fluía hacia el mar, en el inmenso océano y, en el cielo, que, en forma de lluvia, comenzaba a caer pertinazmente. Agua, agua, agua. La sensación acuática era profundamente estimulante. A la altura de la playa de Les Cavaliers apareció la primera figura humana en el paisaje. Un surfista con su traje de neopreno avanzaba decididamente hacia el mar, tabla en mano (véase imagen 2). En la línea del horizonte el cielo se había vuelto color tinta, mientras la enorme extensión de agua iba adquiriendo sombríos tonos verde-grisáceos y una sospechosa calma que contrastaba con la blancura de las olas rompiendo en la orilla y el color oro viejo de la arena. El surfista se detuvo a pocos metros de la orilla y permaneció inmóvil durante unos minutos, como sopesando la situación. Entonces me di cuenta de que, sin quererlo, había reinterpretado el hermoso cuadro de Friedrich, *Monje contemplando el mar*, en el que, como en casi todas las obras del pintor romántico alemán, un ser humano de espaldas se encuentra absorto en la contemplación de una naturaleza que le desborda. Saqué la cámara e inmortalicé aquel delicado momento. El viaje no podría haber comenzado mejor.

La noche y los días anteriores los había pasado en Bayona. En las afueras de esa ciudad se encontraba el colegio en el que pasé los veranos de los once a los quince años. Una adolescencia difícil (¿hay alguna que no lo sea?) me llevó allí desde Bilbao. Aunque no muy distantes geográficamente, la separación entre aquellos dos mundos se me revelaría sideral. Una pubertad prematura, unida a una sensación de soledad e incomunicación con quienes me rodeaban, hizo que me volviera muda. Sencillamente opté por dejar de hablar. Mis padres, desesperados, estaban dispuestos a ponerme en manos de un psiquiatra. Una profesora más sensata y comprensiva pensó que quizá unos meses de separación de mi ambiente habitual y de la familia suavizarían las cosas. Los cuentos de hadas de todos los tiempos señalan la menarquia o aparición de la regla como el momento en que la doncella es encerrada en una torre o en una casa encantada u obligada a vagar por el desierto. A mí simplemente me mandaron a la costa vasco-francesa. Y funcionó.

La visión de Bayona después de tanto tiempo me dejó fascinada. Durante aquellos años la ciudad se limitaba en mi horizonte a ser el lugar en el que había una gran tienda Levi's y la terraza del Café del Teatro, donde se reunían los jóvenes y sus mobylettes, terreno todavía vedado para mí y mis compañeras de colegio. Mi recuerdo también estaba unido a la lluvia, porque era en los días lluviosos, en los que no se podía ir a la piscina o a la playa, cuando nos permitían acudir en grupo a la ciudad a perdernos por sus callejuelas. Mi recorrido terminaba indefectiblemente frente al escaparate de una tienda de animales en la que se exhibían cachorros. En aquellos tiempos la posesión de un cocker spaniel

rubio se me antojaba la más preciada de la tierra. Un día presencié, desde fuera, la venta de un cachorro de cocker. Él se lo regaló a *ella*, que lo acogió amorosamente en sus brazos. El feliz trío salió de la tienda y se introdujo en un coche mientras la pareja charlaba animadamente. Los vi alejarse con envidia, preguntándome si alguna vez yo conocería esa clase de felicidad. Con el tiempo, mis lealtades caninas se volvieron hacia el scottish terrier, y su graciosa silueta se ha convertido en parte de mi paisaje vital.

En Bayona el agua se hace sentir por todas partes. Dos majestuosos ríos, el Nive y el Adour, atraviesan la ciudad y la dividen en tres barrios unidos por bellos puentes; hasta el siglo xvii la propia ciudad estuvo cubierta de canales que servían de vías de navegación y comercio. En su origen fue *Lapurdum*, un castro romano, y en el siglo iv la plaza fortificada de *Novempopulania*. Bayona es una ciudad mestiza. Los rótulos callejeros están escritos en tres idiomas: francés, euskera y gascón, lengua que nació de la mezcla del vasco y el latín. La hermosa catedral gótica de Santa María convive con una mezquita, un templo protestante y una de las sinagogas más importantes de Europa. En el siglo xvi Bayona acogió una importante colonia de judíos sefardíes portugueses que huían de la Inquisición. Se instalaron en el barrio de Saint Esprit y allí desarrollaron el arte que habían traído con ellos: el de hacer chocolate, y por ello la ciudad se enorgullece de ser el lugar desde donde, en 1615, se dio a conocer esta delicia en Francia con ocasión del matrimonio de la infanta española María Teresa de Austria con el rey Luis XIV. La divisa de Bayona «*Nunquam polluta*» ('nunca profanada') hace referencia a sus magníficas defensas, que le permitieron resistir nada menos que catorce asedios a lo largo de la historia. No pudo afrontar, sin embargo, el ataque del ejército del general Wellington durante las gue-

rras napoleónicas, y el 27 de abril de 1814 se rindió tras la abdicación del emperador. De 1940 a 1944 la ciudad estuvo ocupada por la *Wehrmacht* junto con el resto del país vasco-francés.

Para tomar el pulso a la Bayona del siglo XIX nada como leer *El viaje a los Pirineos* de Victor Hugo. En la época de las guerras napoleónicas, con siete u ocho años, Hugo pasó un mes de verano en Bayona mientras aguardaba un convoy que le llevaría, junto con su madre y sus dos hermanos, hasta Madrid, donde se reunirían con su padre, soldado de Napoleón. Todos sus recuerdos de aquel verano son luminosos. Las tardes junto al agua, bajo los árboles, viendo pasar los barcos, la alegre casa adosada a las murallas, los taludes de césped del foso donde jugaba incansablemente con sus hermanos y, sobre todo, la imagen de una chica de catorce años que vivía en la casa de al lado y que le leía libros por las tardes. Bayona quedó grabada en la mente de Victor Hugo como un lugar radiante, y a esta ciudad debía el más antiguo recuerdo de su corazón. Hugo volvió a Bayona más de treinta años después buscando la casa y preguntándose qué habría sido de la hermosa joven. No encontró nada, o al menos no reconoció nada, aunque esa zona de la ciudad permanece prácticamente intacta. El que había cambiado era él.

Lo primero que hice al dejar la mochila en el hotel fue visitar mi antiguo colegio en Saint-Amand. A diferencia de Victor Hugo, apenas encontré cambiado el lugar, salvo en que el edificio de las afables e indulgentes monjas franciscanas de Montpellier se había convertido en una bulliciosa escuela primaria. Allí sigue la misma iglesia, el mismo campo de recreo, la misma piscina. Rodeé el edificio para ver de cerca los enormes árboles que contemplaba desde la ventana de mi cuarto; subido en una bici y apoyado en uno de

ellos descubrí una noche de luna llena a I. R., que miraba fijamente hacia mi habitación durante lo que me parecieron horas interminables. Supongo que hechos así constituyeron parte de la terapia que me devolvió la autoestima y la confianza en mí misma. I. R., como todos los amigos que hice allí, vivía en el barrio de Les Castors. El nombre 'los castores' corresponde a un interesante movimiento cooperativista que se puso en marcha en Francia para solucionar el problema de la vivienda tras la Segunda Guerra Mundial. Sus impulsores eran jóvenes con escasos recursos que aspiraban a una vivienda digna. Para abaratar los costes, el proyecto contemplaba la autoconstrucción, en la que todos los miembros colaboraban de una forma u otra, constituyendo un ejemplo de cómo la sociedad civil podía resolver por sí misma problemas tan acuciantes como el de la vivienda en la posguerra.

Dejé atrás el colegio y me adentré en el barrio de Les Castors por la avenida 7 de agosto de 1951 que recuerda la fecha en que comenzaron las obras. Las casas, unifamiliares, cada una con un cuidado y primoroso jardín, seguían tan bonitas como las recordaba. Lo que constituía un descubrimiento era la historia que había detrás y que los propios nombres de calles y plazas me iban contando: plaza de Gandhi, plaza del doctor Schweitzer, pasaje del Servicio Civil, calle de la Paz, calle de Saint-Exupéry... El sol brillaba mientras recorría esa pequeña ciudad utópica devenida realidad por los esforzados castores. A esa hora de la mañana apenas había gente en sus calles. Me pregunté qué habrá sido de F. G., el primer chico que «me gustó» y con el que recorrí, a lomos de su mobylette, los parajes más bonitos de la costa vasco-francesa.

Mientras regresaba al centro de la ciudad, las nubes se fueron amontonando en el horizonte amenazando lluvia.

En Bayona la amenaza se convirtió en realidad por lo que me guarecí en la catedral de Santa María, un hermoso edificio del siglo XII de piedra arenisca corroída por la brisa del mar y la lluvia. No encontré el pequeño vano con un dibujo compuesto de flores y hojas entrelazadas que le había encantado a Victor Hugo, pero sí pude admirar las vidrieras del siglo XVI con sus bellísimos detalles vegetales y minerales. El resto de la tarde lo dediqué a caminar sin rumbo por las estrechas callejuelas. Al pasar por el quai de la Galuperie recordé la curiosa historia de Joanes de Suhigaraychipi, conocido como «le Coursic», famoso corsario vasco del siglo XVII que vivió en el n.º 3 de esta calle, en una casa que existe todavía. Al mando de la fragata *Légère* y con patente de corso concedida por el rey Luis XIV, le Coursic atacaba las flotas española, holandesa e inglesa. Se dice que en seis años capturó más de cien buques mercantes, lo que le valió la concesión de varios títulos de nobleza por parte de la corona. Su socio era el gobernador de Bayona, que costeaba el cincuenta por ciento del armamento de su nave de veinticuatro cañones. Terminó su carrera y sus días en Terranova, protegiendo los barcos vascos y bretones cargados de bacalao de los ataques ingleses durante el regreso a Europa. En la lápida de le Coursic en Placentia (Terranova), se puede leer que este capitán de fragata persiguió, en nombre de su príncipe, a los enemigos hasta su misma guarida. Curiosa manera de describir la profesión de pirata.

No podía marcharme de Bayona sin probar su famoso chocolate. Ante la variada oferta de lugares apetitosos me decidí por la Chocolaterie Cazenave, pues me gustó la sonoridad de ese nombre gascón. Y también porque en su publicidad había leído que «me esperaba una cálida acogida en su salón de té, decorado con espejos y vidrieras del

siglo XIX, donde podría degustar su famoso chocolate espumoso batido a mano en vajilla de Limoges decorada con rosas». Fue una delicia abandonar la humedad de las calles y sentarme a una mesita entre la numerosa clientela compuesta de familias con niños, señoras con el perrito en el regazo y animados grupos de amigas que merendaban alegremente. El servicio de Cazenave no me defraudó. Al poco de sentarme colocaron en mi mesa una bandeja de Limoges con una humeante taza de chocolate espumoso, una jarrita con más chocolate, un pequeño recipiente con nata, una jarra de agua y un vaso con una delicada servilleta blanca. El pecado se remataba con unas deliciosas tostadas de pan de brioche con mantequilla y mermelada. A mi lado, un hombre de mi edad merendaba con dos adolescentes. Sentí el impulso de consultar la guía telefónica y buscar el nombre de F. ¿Seguiría viviendo allí? ¿Sería ese hombre con el que me acababa de cruzar en la calle hacía un momento? Es curioso cómo permanecemos unidos a personas durante toda la vida sin siquiera echarlas de menos, personas que en algún momento fueron importantes y a las que ahora ni siquiera reconoceríamos. En la guía figuraba alguien con su nombre y su apellido. ¿Sería él? Apunté el número aunque sabía que nunca llamaría. De camino al hotel todos los fantasmas se disolvieron ante la perspectiva de la caminata que me aguardaba por la mañana.

BIARRITZ

Desde la playa de Les Cavaliers, donde había fotografiado al solitario surfista absorto en la contemplación del océano, seguí avanzando por el sendero del litoral que bordea las playas de la Madrague, Les Corsaires, Les Sables y la

Chambre d'Amour. Se había puesto a llover con ganas de modo que me enfundé en mi capa verde, y, cubierta de la cabeza a los pies, mochila incluida, fui caminando alegremente hacia el faro de Biarritz que ya se divisaba encaramado en la punta de San Martín. Mientras avanzaba, y por lo que pudiera pasar, traté de asumir el consejo del escritor británico George Meredith de que el intrépido caminante debe aceptar con gusto todos los cambios de tiempo y hacer de la lluvia, por muy intensa que sea, una vivaz compañera. Pese a que el viento y la lluvia seguían alternándose, el camino se empezó a llenar de gente que, impertérrita ante la volubilidad atmosférica, caminaba o corría: los jubilados, a juzgar por sus caras, se diría que por prescripción facultativa, y la gente joven, por puro placer. El mar, cada vez más oscuro, se fue poblando también de surfistas que aguardaban las olas tumbados o sentados sobre sus tablas; desde la lejanía, semejaban esos grupos de nutrias tan simpáticas que se pueden ver flotando de espaldas en las costas de California. En la Chambre d'Amour, antesala de Biarritz, donde se encuentra la famosa cueva en la que se dice murió una pareja de enamorados al ser sorprendida por la marea, terminan abruptamente los arenales que se suceden desde las Landas para dar paso a los contrafuertes rocosos de los Pirineos que se sumergen en el mar. A partir de Biarritz la costa vasca se transforma en una sucesión de escarpados acantilados y el caminante cobra conciencia de que a partir de ese momento las rocas y el agua serán sus compañeros inseparables.

En otoño de 1240 el maestro zen Eihei Dōgen escribió el extraordinario ensayo titulado *Sansuikyo* ('El Sutra de las montañas y los ríos')—recogido en el *Shōbōgenzō*—, en el que trata del papel fundamental del agua y las rocas como creadores del paisaje de la tierra. Para Dōgen, la diada de

rocas y agua simboliza la plenitud, y su dialéctica—el flujo descendente del elemento líquido y el ascenso de las rocas—configura el dinamismo y «lento fluir» de las formas terrestres. Para la tradición asiática, *shan shui* ('agua y montañas'), es una forma de referirse a la totalidad de los procesos naturales. En su obra *Of Mountain Beauty* (De la belleza de las montañas) el escritor y crítico británico John Ruskin calificó a las montañas de «olas de piedra». Observando con atención el ciclo del agua, se puede apreciar su relación íntima con las rocas. Las aguas se precipitan desde las alturas, excavan o depositan masas de tierra en su flujo descendente y lastran con sedimentos las plataformas continentales, mar adentro, hasta que acaban por provocar nuevas elevaciones.

Subí la empinada cuesta que lleva desde La Chambre d'Amour al faro de Biarritz envuelta en el dulce olor de los setos de *pittosporum* que estaban siendo recortados por empleados municipales. En la punta de San Martín, donde se asienta el faro, tuve la primera visión de los acantilados, cabos, promontorios y ensenadas que constituyen la atormentada costa vasca. Son los antiguos lechos de un mar cálido y poco profundo que fueron surgiendo a la superficie durante millones de años, como lo atestigua la presencia de fósiles de animales marinos, algunos extinguidos para siempre: *Nummulites*, *Operculinas*, corales, amonites, rudistas, ostreídos, esponjas y un largo etcétera de sugerentes nombres. También saboreé largamente mi primera visión de Biarritz después de tantos años. Pese a algunos desmanes urbanísticos, el lugar, bajo un espectacular cielo de nubes espesas y claros por los que comenzaba a filtrarse el sol, me pareció arrebatador. En el mar, en medio del oleaje frente a los oscuros acantilados verticales, destacaban los surfistas convertidos en diminutos puntos negros. Desde el faro

emprendí el camino hacia el centro de la ciudad y la Grande Plage por calles jalonadas de villas elegantes y establecimientos de nombre rimbombante: avenida de la emperatriz, calle del príncipe heredero, spa del emperador, club imperial..., todos ellos testimonios de los años dorados de Biarritz, cuando Eugenia de Montijo se enamoró del lugar y su esposo, Napoleón III, le construyó una casa de verano junto al mar, Villa Eugenia, transformada hoy en uno de los hoteles más suntuosos de Europa.

Victor Hugo adoraba Biarritz. Para él no existía un lugar más encantador y magnífico. El Biarritz que conoció era todavía un pequeño «pueblo blanco con tejados rojos y contraventanas verdes, edificado sobre colinas de hierba y brezales», encima de lo que hoy es el Puerto Viejo. Era la aldea de pescadores y balleneros que hacía honor a su escudo, una *txalupa* ocupada por cinco tripulantes, uno de los cuales se dispone a arponear una ballena. Hugo describió como nadie la extravagante arquitectura rocosa de Biarritz y su laberinto de islotes, cámaras, arcadas, cavernas y grutas, aderezado todo ello por la espuma del mar y el ruido del viento. Tampoco se olvidó de mencionar la vida animal que palpitaba en la orilla ni la vegetal que crecía sobre los acantilados; y en cuanto al género humano, su vista se regocijaba con el espectáculo de las chicas del pueblo y las modistillas de Bayona que se bañaban con camisolas de sarga, a veces muy agujereadas, «sin preocuparse mucho de lo que los agujeros muestran y de lo que las camisas ocultan». Su único temor era que Biarritz se pusiera de moda. ¡Ay! Ya habían construido tres hoteles y empezaba a acudir gente de Madrid..., pronto vendrán de París, escribió sin ocultar su fastidio.

Hugo visitó la costa vasca en 1843. En 1854 la emperatriz Eugenia de Montijo pasó dos meses de verano en Bia-

rritz y lo convirtió en su lugar de veraneo. Con la pareja imperial viajaba todo su cortejo, compuesto de damas de honor, chambelanes, ayudas de campo, secretarios, médicos, además de soldados, caballeros y gendarmes, así como los miembros de la banda militar y los marines de la armada. Asimismo acompañaban al emperador sus ministros, generales y mariscales, a los que había que sumar el cuerpo diplomático y los soberanos extranjeros. El príncipe de Oldemburg se instaló en julio de 1859 con un séquito de cincuenta personas. La demanda de alojamiento impulsó la construcción de hoteles, pensiones y villas particulares, y en pocos años Biarritz se convirtió en una de las estaciones balnearias más elegantes y concurridas de Europa, haciendo realidad los temores de Victor Hugo: «Pronto Biarritz pondrá rampas a sus dunas, escaleras a sus precipicios, kioscos en sus rocas, bancos en sus grutas y pantalones a sus bañistas. Entonces Biarritz ya no será Biarritz». Quizá no fuera ya el Biarritz de Hugo, pero la ciudad siguió atrayendo a multitud de aristócratas y artistas y extendiendo su popularidad por todo el mundo. No en vano la ciudad posee una divisa muy asertiva: *Aura, sidus, mare, adjuvant me* (Tengo a mi favor los vientos, los astros y el mar). La creciente colonia rusa motivó la construcción en 1879 de una imponente iglesia ortodoxa bajo la advocación de san Alejandro Nevski. Entre los rusos más famosos que pasaban sus veranos en Biarritz se cuentan Antón Chéjov, Ígor Stravinski y, mi favorito, Vladímir Nabokov. En *Habla, memoria* Nabokov hace un delicioso relato de sus veranos infantiles en Biarritz, en los que no faltaron la caza de mariposas—capturó una *gonepteryx cleopatra* de color anaranjado y limón—ni los baños en la Grande Plage, donde conoció a Colette, su primer amor, una niña lánguida con la que planeaba escaparse para librarla de unos padres poco amorosos.